

LA LUZ.

SEMANARIO

FILOSÓFICO-MORAL Y LITERARIO.

PROSPECTO.

Presentar semanalmente al público algunos artículos exclusivamente morales en estilo sencillo y sin pretensiones, y algunas producciones literarias de buen género, es el objeto que se propone el Director del *Semanario* que anunciamos.

Admitiremos y publicaremos con gusto, siendo aprobado por la dirección del *Semanario*, cualquier artículo verdaderamente moral que se nos remita.

Tendremos un placer en reproducir muchos artículos de otros periódicos, que sean conformes á nuestro programa.

No disputaremos sobre religion ni política, y respetaremos á todas las clases. El vicio no es un hombre.

Nuestros principios son claros como la luz.

1.º Sin Dios y sin respeto al catolicismo verdadero, no hay moral posible.

2.º La base del respeto á los derechos es la práctica del deber.

3.º Las luchas periodísticas no siempre moralizan.

- 4.º La mofa y la caricatura no hablan con *La Luz*.
- 5.º La naturalidad será nuestra elocuencia.
- 6.º Los productos se convertirán en mejoras del *Semanario*.

EL DIRECTOR, J. A.

Condiciones y precios de suscripcion.

El *Semanario*, saldrá cada domingo. Su tamaño y tipo será igual á este prospecto, y tendrá 8 páginas de impresion que se aumentarán cuando lo crea necesario el Editor. El primer número saldrá el 1.º de Noviembre próximo.

Como el *Semanario* no es un objeto de especulacion, solo costará en Barcelona y provincias 2 rs. al mes; en Ultramar 8 por trimestres, por libranzas ó sellos de franqueo.

Se suscribe en Barcelona, en la imprenta de V. Jepús, calle de Petritxol, núm. 14; en las librerías de los herederos de la viuda Plá, calle de la Princesa; Ferrando Roca, Rambla de S. José, y Puig, plaza Nueva, y en las principales librerías de provincias y del extranjero.

NOTA. — Toda la correspondencia deberá dirigirse á la Imprenta de LA LUZ, calle de Petritxol, núm. 14.

Filosofía moral es la ciencia que trata de la bondad y maldad de las acciones humanas, y explica la naturaleza de las virtudes y vicios.

(Diccion. enc. de la Lengua española.)

La Direccion ha tenido á bien confiar el cargo de Director de la seccion literaria al ya conocido colaborador nuestro D. Aniceto de Pagés de Puig. Todos los Señores que quieran honrar nuestras columnas con algunas composiciones propias de dicha seccion, podrán entenderse con dicho Sr. ó con el Director General.

Encargamos con eficacia á nuestros suscritores se sirvan guardar todos los números porque no podrian formarse tomos de lectura seguida, lo que sentiriamos, en atencion á que LA LUZ tiene muchos elementos de duracion no escasa.

Segunda edicion.

SECCION DOCTRINAL.

¿POR QUÉ SE HAN DE PERDER TANTOS ESCRITOS?

Hemos publicado ya el tercer número de nuestro *Semanario* y hemos visto que no han sido inútiles nuestras fatigas. Amigos de la luz nos han saludado y con su palabra ardiente, han puesto fuego en nuestro corazon y han agitado nuestra pluma.

Nos hemos convencido de que la filosofía moral no es aborrecida.

Se nos han ofrecido escritos segun nuestras convicciones, los han sugetado sus autores al juicio de la Direccion, y nos hemos persuadido de que la humildad aun vive entre los escritores.

El sabio es humilde.

Mas : hemos conocido que muchos buenos escritos se pierden porque hay quien repara en poner su firma al pié de una página digna. Balmes no aplaude tal sistema. El individuo de academias científicas ha compuesto bellos discursos y no se atreve á ponerlos en forma de artículos. El jóven disertante en una Universidad, en un Instituto ó Seminario, ha dicho cosas dignas que quedan olvidadas. El hombre de corazon sencillo, en horas de inspiracion, ha escrito bien y moralmente, y ha rasgado sus palabras dulces como un suspiro.

Escritores ¡valor!

LA LUZ retirará sus materiales cuando inserte el buen artículo sin firma, el discurso, la disertacion de clase, la inspiracion.

Queremos decir á ciertos hombres sobrado retraidos y desconfiados de sí mismos : « Escribid, que merecen vuestras ideas los honores de la publicidad. Escribid con nosotros. No somos egoistas, y para dároslo á conocer, publicaremos con frecuencia temas para prosa y verso. ¿ Los desarrollais bien? Sereis redactores de LA LUZ. »

Por la Direccion,

JOSÉ AMORES.

NOCIONES SENCILLAS

DE FILOSOFÍA MORAL

AL ALCANCE DEL PUEBLO.

ARTÍCULO II.

§ I.

A últimos del siglo pasado, en una na-

cion vecina, se propuso en la Asamblea nacional que se estableciesen tres cátedras para enseñar la negacion de la existencia del Criador.

Aquellos dias eran de muerte.

Nuestro siglo, mas adelantado en ideas, se avergonzaria de semejante proposicion, por que solo los hombres que jamás pensaron en la moralidad, se atreverian á decir en público *no hay Dios*. Y lo dirian porque les interesa borrar de su entendimiento una verdad que les atormenta; verdad que siendo el principio fundamental de todas las demás, les quita la pobre libertad de obrar á su antojo.

La razon, con todas sus fuerzas, el sentimiento del corazon, el testimonio de los sentidos, que nos hacen admirar lo bello, lo ordenado, y lo mas maravilloso que puede el hombre sospechar, nos dejan totalmente convencidos de la verdad de la existencia de Dios.

Diga, enhorabuena Bourdaloue (1) que hay ateos de voluntad, y de creencia, diga (2) Tournemine que duda la existencia de muchos ateos puros y absolutos; diga Bergier (3) que participa de las mismas dudas; nosotros siempre podremos decir con (4) Mons. de Pompignan: « No niego que haya ateos, pero sostengo que son muchísimos menos de lo que se figuran las gentes. » No podemos consentir con Nicole (5) que existan ateos de buena fe, pues que está escrito que *no hay disculpa para ellos*.

Todos los hombres que se atreven á sentar una proposicion tan irracional cual es la del ateismo lo hacen por falta de filosofía, pues como es tan sabido por todos nuestros lectores, dijo el Canciller Bacon (6) *Mucha fi-*

(1) Ser. de S. Francisco Jav.

(2) Memorias de Trevoux, mayo 1733.

(3) Ev. del mater. t. 2. cap 11. § 3.

(4) Cuest. 1.ª sobre lo inc. p. 8.

(5) Cart. 25. á un S.

(6) De augm. scientiæ. lib. 1.

lososía conduce al conocimiento de la verdad suprema, y poca aparta de ella.

El refutador de Lucrecio (7) espresa en contundentes palabras la insensatez del infeliz que niega la existencia de Dios. *Huyes de Dios, esclama, y no puedes borrar sus pisadas, y ellas como un ejército corren tras de tí.*

En vista de estas verdades irrecusables, y despues de haber consultado á los mejores filósofos conocidos, nos hemos convencido de cuan acertados han estado los teólogos al decirnos que: no es hombre el que no cree en la existencia de Dios como Autor natural, y como Autor sobrenatural.

Hemos visto que no hay efecto sin causa, criatura sin Criador, artefacto sin artifice, ser contingente sin un Ser necesario, movimiento sin motor inmóvil, ni moral sin Dios.

Tenemos corazon, y por esto, hemos profundizado la razon que nos proporcionan involuntariamente los mismos llamados ateos, cuando nos aseguran que todo en la naturaleza queda en el horror, y en el silencio.

Hemos querido esforzarnos en dar la razon á los extraviados, y hemos oido una voz que nos decia sin descanso. «Solo el hombre que quiere ser peor que los tigres niega la existencia de La Causa primera.»

Nos hemos detenido, y al querer fundar nuestra moral filosófica la hemos tomado en nuestras manos trémulas y la hemos puesto á los pies del trono del Eterno, consignando en nuestro prospecto que «Sin Dios no hay moral posible.»

Y es verdad, porque no podrá jamás saber el hombre la bondad, y maldad de las acciones humanas, ni esplicar moralmente la naturaleza de las virtudes, y vicios, sin admitir un Dios verdadero, único, sapientísimo, é infinito en todas sus perfecciones que, haya fijado los limites de la

libertad del hombre y la licitud é ilicitud de las acciones hijas de esta misma libertad. Podria el filósofo examinar la naturaleza de las virtudes y vicios como el anatómico y el químico examinan el cuerpo humano, y las sustancias que admiramos en el mundo, pero este exámen no terminaria con ninguna consecuencia moral aplicable.

Nosotros hacemos uso de la filosofía pero no queremos dar la razon á Baile (8) que aseguraba *ser la filosofía semejante á aquellos causticos ó polvos corrosivos que despues de haber consumido la carne corrompida de una llaga, corroe tambien la carne viva, carian el hueso, y dañan hasta las médulas.* Seremos mas sensatos que aquel talento digno de mas acierto. Diremos *que la filosofía especialmente la moral, bien usada, y mejor manejada respetando á Dios puede salvar la Sociedad.*»

¿Pero puede existir la filosofía moral verdadera sin respeto al catolicismo verdadero? Esto veremos en el próximo párrafo, siguiendo el mismo sistema.

J. AMORES.

Hemos recibido con la mayor satisfaccion el siguiente artículo, y aceptamos la oferta que nos hace su autor, de honrarnos con sus escritos filosóficos-morales.

LA CERTEZA.

Antes de levantar el edificio es necesario pensar en el cimiento.

BALMES.

Si recorremos la historia del espíritu; si nos introducimos en el grande arsenal de la ciencia humana, y si por último llevamos nuestra vista hacia los distintos y variados tiempos que ha cruzado la filosofía á merced de este ó aquel ingénio, á merced de este ó aquel náutico, que ora se precipita con pasos lentos en las sirtes, ora navega sin faro alguno, encontraremos que en todas las épocas, desde Thales hasta el siglo actual, los filósofos de Pitágoras los que se han sacrificado para hallar la verdad en

(7) Antilucrecio. 1. 9.

(8) Dicción. hist. crit.

el mundo, ya sobre lo infinito, ya sobre lo inteligente, ya en lo material, ya en lo admirable, han incurrido muchas veces en fatales y lamentables aberraciones. Entre muchas otras con que han erizado la *certeza* y que se esplanarán en su día oportuno, se cuenta el creer que el estudio de la filosofía no debe empezar por *aquella*, sino que debe precisamente venirle á *ella* por medio de la *duda*: es decir, que sin saber si podemos estar ó no ciertos de algo, sin pensar previamente en el fundamento principal, á pesar de esto podemos penetrar de una manera vacilante y sin apoyo de ninguna clase, en el seno de la filosofía y conquistar la *gran capital* del célebre Hume. Sin embargo, semejante delirio exclusivamente es necesario y conveniente mirado bajo el punto de vista de un prisma excéptico. Pero nosotros creemos en nuestro humilde concepto y sin temor de equivocarnos que el gran filósofo cristiano Dr. D. Jaime Balmes al empezar su *filosofía fundamental* por la *certeza* partió de un principio mas lógico y patente que todos los filósofos de mayor nombradía, que han establecido la duda en sus obras. Porque estos sin cuidarse de la vaga flaqueza de su raciocinio se han dicho: «Si damos principio por la *certeza*, ahogamos la filosofía en su nacimiento, porque la certeza es una realidad, una afirmación, y la filosofía muere donde esta nace.» ¡Oh cuán excelente ocurrencia sería en verdad, si no fuese tan peregrina y tan vaga su errada aplicación, si en lugar de versar sobre la *certeza* subjetiva, lo hiciera sobre la objetiva! Nó y mil veces nó repetiremos no es esta de la que ahí se cuestiona, ni la que debió ocuparles en aquella ocasión.

Bien comprendemos y concedemos que la filosofía se debilita, envejece y llega hasta el extremo de perecer, al paso que se robustece, engrandece y acrecienta mas y mas la certeza objetiva, pero no comprendemos ni concederemos jamás que esto mismo acontezca con la certeza subjetiva, tocante á la adhesión de nuestro entendimiento á *algo* real y verdadero. Quitad por un momento, ese don con que la Providencia ha sellado la naturaleza humana, suprimidle y asentid con los escépticos en este caso. ¿Cuál será la égida de la filosofía? ¿De qué nos utilizaria y aprovecharia su estudio? y ¿cómo nos sería asequible penetrar en él? Seria la *duda*, y entonces imposible seria al hombre llegar á un conocimiento perfecto, cierto y positivo, quedando de esta manera burlada la filosofía burlado el deseo natural que el hombre tiene de saber y averiguar, y todo seria un producto fantástico, que á nada nos llevaria.

Pues esa ridícula y vaga verdad no se ha ocultado á la mente de los filósofos mentecatos que han tenido la fragilidad y flaqueza de sentar sus desvelos sobre la *duda*, por la misma razón que han establecido la

certeza en sus obras. Empero temieron estos naufragar en la orilla, dieron pronto cima á su erróneo y craso discurso, sin precaverse de las graves y tempestuosas caídas que indisputablemente debían sufrir en alta mar.

Por fin confesad con toda franqueza que vuestras reflexiones sola y únicamente han podido aprovechar al escepticismo, á este absurdo sistema que la naturaleza repele, que el sentido comun contradice y que la razón proscribire, por mas que diga y repita Lamennais, conforme lo demostraremos con robustas y enérgicas razones en otro artículo en que trataremos del escepticismo.

CASIMIRO DE TRIOLA Y CASTELLANA.

Poco tiempo antes de la publicación de *La Luz* veia la luz pública una *Revista de intereses morales, y materiales* intitulada *El Porvenir*. Admiráramos los escritos que honraban la *Revista*, y hemos tenido la ocasión de poder pagar un tributo público á la sabiduría de aquellos redactores. Los suscritores del *Porvenir* no son los nuestros; así lo creemos, y aunque lo fueran, recordamos que decíamos en el primer número de nuestro *Semanario* que nuestro deseo era reunir los mejores escritos de los señores periodistas «para formar un repertorio de moral filosófica que honre á la prensa española.»

CAUSAS DE LOS ERRORES FILOSÓFICOS.

Vano empeño parece, hablar de filosofía en nuestra época y en nuestra patria, y pretender reducir á los lectores á que presten atención á nuestros trabajos, cuando no podemos prometerles la ciencia universal ni satisfacer todas las exigencias de su razón. Entonces nuestros artículos obtendrían grande aplauso: si traduciendo ó imitando las elucubraciones de otros países, ó de algunos escritores nacionales, hablásemos constantemente del progreso de la humanidad, de la ley universal de los seres, del desarrollo necesario é infinito de todas las fuerzas humanas, y saludando con entusiasmo la salida de la aurora filosófica en nuestro suelo, con una fé inquebrantable en los destinos de la humanidad, como profetas inspirados por la intuición de lo absoluto, augurásemos un porvenir dichoso en que las ciencias, las artes y la industria se adunasen para prometer al hombre la felicidad perfecta.

Por desgracia, ó por fortuna, no sabemos adular ni las flaquezas del hombre, ni sus vicios ni su razón. Por mas que las adulaciones dirigidas á la especie no sean tan repugnantes como las que tienen por objeto ensalzar las dotes y cualidades del indi-

viduo, no son por esto menos reprecensibles ni menos criminales por cuanto su efecto es mas seguro.

Se habla de filosofia, se repite mil veces esta palabra, se buscan términos retumbantes, generales, y oscuros, sin precisar su significado; y los lectores formando concepciones vagas, vistiéndolas con todos los encantos de la imaginacion y animándolas con el fuego del sentimiento se complacen en ellas como en la realidad mas positiva y probada. De este modo se creen con derecho al título de filósofos porque tienen ideas grandes y *trascendentales*, y además porque conciben esperanzas cuyos fundamentos no son sospechosos para ellos, dándolos por supuesto *á priori*.

Sin embargo, como primero es la verdad que la conveniencia y la fama, á pesar de todas nuestras desventajas seguiremos una senda totalmente distinta de la que recorren muchos de los que hablan de filosofia, y sin aspirar pomposamente al título de filósofos, con la luz de la razon y el escalpelo del análisis estudiaremos las cuestiones que se propone resolver la mas importante de las ciencias humanas.

Al atravesar los umbrales de la filosofia lo primero que sorprende al hombre estudioso, es sin duda la variedad de escuelas, la oposicion de sistemas, y aun los errores mas groseros proclamados por filósofos de gran valía. Este fenómeno tan generalmente reconocido resalta de un modo especial cuando comparamos la filosofia con las demas ciencias. Generalmente hablando todos los que tratan de una ciencia determinada, tienen un punto de partida comun, convienen en el método que debe observarse, y en la mayor parte de los sistemas ideados por sus antecesores. Si un genio por medio de sus investigaciones ha conseguido dar un nuevo giro á la ciencia, destruir por su base una teoria, ó establecer otras nuevas, dando así mayor impulso á los conocimientos humanos, los trabajos del genio vienen á ser patrimonio comun que heredan y procuran conservar cuantos van sucediéndose en el cultivo de la ciencia. Podrá haber diversidad de opiniones en puntos reconocidos universalmente como controvertibles; pero eso no destruye la unanimidad de doctrinas en la mayor parte de las cuestiones que se ventilan. En filosofia parece suceder todo lo contrario. Aunque, como tendremos ocasion de observar, todos los que han cultivado esta ciencia hayan recogido su contingente de materiales para la construccion del grande edificio filosófico, con todo, parece que aun hayan de ponerse los cimientos, y que no han podido convenir los arquitectos en el plan y en el modo de realizarlo.

No será pues fuera de propósito examinar las causas de este fenómeno antes de entrar en las investigaciones filosóficas, á fin de que en cuanto es dable á la humana flaqueza, podamos libertarnos de los

estravios que han conducido á tantos pensadores al precipicio del escepticismo ó del panteísmo.

Una de las principales causas de los estravios filosóficos estriba seguramente en la naturaleza y objeto de la filosofia. Las demas ciencias descansan sobre principios que se anuncian y se dan por sentados sin probarlos, y sobre esta base se construye todo el edificio científico. Las ciencias exactas serian imposibles sin presuponer las ideas de unidad, número, cantidad etc., y los axiomas que sobre ellas se establecen. La fisica no podria dar un paso en el descubrimiento y determinacion de las leyes de la naturaleza, si antes no se admitiese un orden constante que regula y rige los fenómenos del universo. La filosofia al contrario: toma los principios, los analiza, los depura, los clasifica, y no los admite hasta que ha vindicado su legitimidad y determinado su valor. Esta condicion de la ciencia filosófica que la constituye la primera entre las ciencias humanas por lo elevado y trascendental de las cuestiones que ventila, la espone tambien á mayores peligros.

Cuando nos hallamos en el terreno de las deducciones é inducciones seguimos un camino trillado en que estamos seguros de no perdernos, mientras sujetemos nuestros trabajos á las reglas de una rigurosa lógica; mas cuando subimos á la region de los principios nos hallamos frente á frente de la verdad, la vemos, la sentimos, y á pesar de ello experimentamos cierta desazon porque no podemos demostrarla ni penetrar todos sus secretos. No nos basta haber subido hasta las fuentes del rio; quisiéramos averiguar de que montañas viene el agua del manantial, que conductos subterráneos recorre, y ver como se introduce por las hendiduras de las rocas. De ahí proviene esa oscuridad y vacilacion que sienten todos los hombres al penetrar por primera vez en los intrincados laberintos del origen de la certeza; vacilacion que es muy fácil termine en el escepticismo, sino estamos precavidos por convicciones fuertemente arraigadas, y si dejamos de tener en cuenta los fallos inapelables del sentido comun.

Para no caer en el escepticismo es necesario convencernos de que la ciencia filosófica, lo mismo que las demas ciencias, debe tener puntos de partida mas allá de los cuales no podemos subir; que no por ser de un orden superior los principios fundamentales de la filosofia, se halla esta exenta de la condicion inherente á toda ciencia; que es temeridad pretender demostrar lo indemostrable, y que todo, lo mismo en el orden científico que en el moral y material, tiene una base en la que si dejamos de apoyarnos debemos caer necesariamente en la duda. La filosofia inquiere los principios, los clasifica, examina su importancia, prueba su necesidad, los compara entre sí investigando sus relaciones, y sin crearlos arbitrariamente, los separa de lo concreto y variable

para que se presenten con todo su brillo. Un estudio de tal naturaleza, por mas que parezca incompleto, es fecundo en resultados positivos, y esclarece, deslinda y precisa la verdad, librandonos de los extremos á que puede conducirnos una pretension ridícula, que puede halagar nuestra presuncion, pero jamás satisfacer el deseo innato de verdadera ciencia.

Tiene además la filosofía un carácter de universalidad, que unido á la tendencia natural á realizar todas nuestras aspiraciones, es origen de los errores de mas transcendencia. La definicion de la filosofía que nos presenta Ciceron, «ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas,» aunque defectuosa, expresa bastante su objeto, esto es, la tendencia hácia un bello y grande ideal, cuya realizacion si nos fuese dado conseguir, nos pondria en completa posesion de la ciencia. El hombre que mide sus fuerzas por sus deseos se hace ilusiones, anhela producir un sistema que lo explique todo y el resultado es, las mas de las veces, una teoría ingeniosa cuanto se quiera; pero que al fin no es mas que una hipótesis, un parto hermoso de la imaginacion y de la inventiva; de ninguna manera una explicacion verídica de las cosas.

Cree haber desarrollado la ciencia en el mundo, de la materia y del espíritu, y haber penetrado hasta las últimas profundidades de la esencia de los seres, cuando tan solo nos presenta lo que sería el mundo si Dios le hubiese dado el poder de formarlo. Busca la síntesis suprema sin haber podido llegar hasta los últimos términos del análisis universal y completo, de lo que necesariamente debe seguirse una síntesis arbitraria y sin fundamento. Los filósofos de la escuela jónica pretenden hallar el principio constitutivo de las cosas en alguno ó algunos de los supuestos elementos; Platon en su trinidad, Demócrito en los átomos, Leibnitz en las mónadas, Kant en las categorías; y así cada cual inventa su fábula mas ó menos verosímil, mas ó menos fundada en datos de observacion, ó simplemente construida *á priori*; pero cuando examinamos estos sistemas nos parece que leemos un poema, ó nos reímos como de los niños que levantan esos castillos de naipes que luego se deshacen con un soplo.

No se nos tome por antipáticos de la filosofía y de los filósofos. Muy distantes estamos de mirar la filosofía con ojos esquivos, ó con la sonrisa del desprecio. Por mas que no tengamos suficiente osadía para colocar á los filósofos en el rango de los dioses, reconocemos y nos complacemos en confesar, que los estudios filosóficos son una de las causas poderosas del progreso humano; y aunque puede ser exacta la sentencia de Ciceron que no hay absurdo que no haya sido enseñado por algun filósofo, tambien debemos proclamar que, generalmente hablando, no

hay filósofo que no haya enriquecido la ciencia con verdades antes desconocidas ó poco deslindadas. El vicio de las filosofías no tanto está en los trabajos parciales como en las teorías generales, y en la tendencia sistemática. Aunque no admitamos la teoría de Locke sobre el origen de las ideas, debemos reconocer que en su análisis del espíritu ha ilustrado la doctrina de las sensaciones: sin hacernos partidarios de la *armonia prestabilista* de Leibnitz, y de las causas ocasionales de Malebranche, debemos asentir con estos filósofos en un gran número de puntos que han dilucidado y sobre los cuales derramaron torrentes de luz. En los filósofos podemos distinguir lo que puede llamarse parte hipotética, y otra clase de doctrinas positivas y reales, fruto del análisis y de la meditacion. Este último resultado de sus investigaciones es lo que constituye el verdadero progreso de los conocimientos filosóficos, y de él se apodera la ciencia como de la parte líquida del inmenso legado con que la enriquecen sus hijos.

(Se continuará),

PEDRO MARTIR PUJALT.

Acabamos de recibir la siguiente composicion motivada por el dolor que ha causado á nuestro respetable amigo D. Tomás Illa y Balaguer, la muerte del distinguido é inolvidable patricio D. Agustín Vila y Pujol. Retiramos parte de nuestros materiales para dar lugar á los suspiros de un escritor sencillo y verdaderamente español.

LA

MUERTE DE UN VERDADERO AMIGO.

No cabe duda que el hallazgo y posesion de un verdadero amigo, es un tesoro inapreciable, y tan solo se aquilata algun tanto su valor, con la continuacion de poseerlo, el temor de perderlo y mas todavía con el dolor de haberle perdido.

Cuando llega el último caso, y mas si uno se encuentra en adelantada edad, al dar el postrer adios al sincero y experimentado amigo, se siente un linage de desconsuelo, de hondo pesar, de acerba amargura, que dilacera el corazon, y dificilmente halla lenitivo, sino elevando la mente á lo inmensurable y eterno, apartándola de todo lo caduco y mundanal.

Hoy por hoy nos hallamos en tan difícil situacion; acabamos de cerrar los ojos y dar el último terrenal adios, á un amigo sincero, antiguo y experimentado, con quien compartíamos nuestros sinsabores y disgustos y comunicábamos las pocas y leves satisfacciones que se tienen, en el breve y fugaz tránsito del

tiempo á la eternidad.

D. Augustin Vila y Pujol, ha fallecido, este era nuestro antiguo y caro amigo; y cuando consideramos que se acabaron en este misero suelo, nuestras francas comunicaciones, nuestros ratos de agradable solaz, nuestras amenas y bien escogidas lecturas, nuestras ojeadas retrospectivas, y nuestras memorias de familia; cuando recordamos las bellas cualidades que le adornaban de excelente esposo, cariñoso padre y buen amigo; cuando nos figuramos aquel tipo de la generacion que se va estinguendo; de aquellos hijos de la preclara ciudad condal, que en su modesta posicion tanto la ennoblecieron; uno de aquellos vástagos del antes frondoso árbol de los colegios y gremios, que tanta prez y gloria á Barcelona dieron; cuando traemos á la memoria aquel cotejo que repetidas veces hacíamos, entre el aplomo que pasó y la frivolidad presente; entre aquella gravedad y mesura que infundia el amor á lo tradicional, y la poesia monumental y religiosa, con la versatilidad que se nos ha importado del extranjero, junto con el excesivo deseo de goces materiales; nos vienen de tropel tanta multitud de ideas, se anubla nuestro entendimiento de tal suerte, que oprimido el corazon de amargura y malestar, le parecen cerradas las puertas al consuelo; cuando hé ahí, que sale al encuentro la verdad católica, é instantáneamente produce un tinte de cética melancolia, que nos produce una saludable metamorfosis, que teme respirar el alma un suave y dulce ambiente, que rectificando las ideas y ensanchando el corazon, nos hace ver que nuestro amigo ha muerto en el tiempo, para vivir eternamente.

Cuando, pues, hemos asistido hoy á las exequias de cuerpo presente, de nuestro inolvidable amigo, se han agolpado á nuestra mente tantos y tales recuerdos, que de repente nos han traído á la memoria todos los desvelos que emplea nuestra buena madre, la Santa Iglesia católica, desde que nos toma de la cuna, hasta que nos deposita en el sepulcro.

La verdad católica, en la que por nuestra dicha fuimos alumbrados, cogiéndonos al nacer, nos condujo con dulzura en las saludables aguas de la regeneracion; con su divina luz nos ilustra de la nobleza de nuestro ser, nos levanta á elevadas consideraciones, y nos conduce como por la mano en la difícil senda de la vida, hasta á la eternidad, despues de habernos endulzado el amargo trance, con los consuelos mas inefables.

Descansa en paz antiguo, fiel y constante amigo; en tu última enfermedad, tu lecho de dolor se ha visto rodeado con los cariños de tu buena esposa, hijo, hijas, y demas parientes y amigos, y confortado con los ausilios que tan á manos llenas, nos prodiga en tan apurado trance nuestra santa Madre

la Iglesia católica. Alimentado y robustecido con el pan de los fuertes, demandabas oraciones para impetrar del Altísimo, sufrimiento en los dolores que te aquejaban, y tus plegarias fueron oídas y pudiste cerrar los ojos en el ósculo del Señor.

Descansa en santa paz, mi buen amigo. Tu fallecimiento me afecta profundamente, no encontraria en la tierra consuelo, sino me alentara la fe católica, diciéndome: *que nuestro Redentor vive, que su resurreccion fué cierta prenda de la nuestra; y que, nuestro frágil barro, ha de unirse un día con el immortal espíritu que forma la parte principal de nuestro ser.* Al dejar á tus deudos y amigos en la mas triste y amarga soledad, nos dejas ocupados en dirigir nuestros fervientes ruegos al Altísimo por tu eterno descanso.

No te olvidaré jamás, afectuoso amigo: y cuando hoy te he estrechado la mano en el lecho mortuario, y te la he vuelto á estrechar en el Campo Santo, por la vez postrera, antes de cerrarse la losa funeraria, cabalmente en el día que cumplias sesenta y nueve años, *no me he despedido para siempre, sino que anegados mis ojos en lágrimas, te he dado un afectuoso adiós hasta la eternidad.*

TOMÁS ILLA Y BALAGUER.

Barcelona 12 de noviembre de 1861.

SECCION LITERARIA.

EL CIEGO DE VALLADOLID.

(Continuacion.)

Pedro ofrecia un conjunto extraño y seguramente su existencia debia de ofrecer un cuadro digno de la atencion de un filósofo.

¡Crímen! ¡virtud! ¡quién sabe lo que contenia el pasado de aquel mendigo! ¡oh! ¡quién sabe si las gotas de acibar que amargaban su corazon las habian escupido allí el remordimiento ó el desengaño.

III.

Mientras yo me entregaba á estas reflexiones, el mendigo devoraba la cena que habia mandado traerle.

Qué cosa tan terrible es el hambre! en aquel instante Pedro lo habia olvidado todo; solo atendia á las exigencias de su estómago, vacío, quién sabe! tal vez desde muchos días.

No le interrumpí en su faena; solamente cuando alargaba la mano, ponía en ella un vaso lleno de vino, y el ciego bebia apresuradamente para acabar mas pronto con los restos de la comida.

—No puede V. comprender cuanto bien me ha hecho, dijo al terminar.

—Ba! eso no vale la pena!

—¡No vale la pena! Oh! bien se conoce que jamás supo V. lo que era hambre; esta palabra tan sencilla, en una noche de invierno, cuando no se tiene ni un pedazo de pan con que acallarla, significa rabia, desesperación; evoca las ideas más terribles, las imágenes más siniestras, y, es verdad que si el hombre poseyese alguna palabra que expresara fielmente los tormentos que el hambriento sufre, no los habría en el mundo.

—No pensemos más en eso, Pedro; decíme ¿sois ciego de nacimiento?

—Ojalá! murmuró el mendigo.

—¿Acaso lo sentís?

—Sí.

—No os comprendo.

—Es inútil que intente V. comprenderme.

Esta contestación fué dada en un tono tal, que cortó la palabra en mis labios, y no me atreví á continuar mis preguntas.

Pedro apoyó la cabeza en su mano, y al cabo de breves instantes me dijo sin dejar esta posición.

—Quiere V. que traduzca su pensamiento?

—Veamos.

—En este instante me está V. contemplando, y busca en mi fisonomía algo que pueda manifestarle quien es, y lo que ha sido este mendigo que tiene ante sus ojos.

—Acertasteis.

—Y forma V. mil conjeturas á cual más rara que son desechadas en seguida.... ¡Ja! ¡ja! añadió al mismo tiempo que una risa sardónica agitaba sus labios, risa que me hizo estremecer; quiero sacarle de dudas, y voy á satisfacer su curiosidad; pagaré de este modo la cena y el albergue que me ha dado V. esta noche; mi historia vale la pena de ser oída.

Y luego adquiriendo su voz un timbre grave y melancólico pronunció estas palabras.

—Desarrollaré ante sus ojos un cuadro lleno de crímenes; tal vez obre mal al hacerlo; por desgracia, el vicio y la maldad son sus figuras principales; y estas sombras lúgubres resaltan sobre un fondo sangriento.... Ah! ya que todo lo he perdido en este mundo, porque no perdí igualmente la memoria ¡es muy terrible recordar, cuando el pasado es horroroso!

IV.

Preguntad, dijo el ciego, al hombre más desgraciado que podáis imaginaros, por su patria y nombre, y os contestará; tocad luego la fibra más delicada de su corazón, habladle de su familia, de su madre, de los tiempos dichosos de su infancia, de la edad de la inocencia, y la fibra al vibrar produ-

cirá dulces sonidos; el rostro del infeliz se animará por un momento á este recuerdo querido; y, tal vez cruce por sus labios fugaz sonrisa.

Un ser sin patria, sin nombre, sin infancia, no se concibe; y sin embargo, yo ignoro donde nací, ignoro cuáles mi nombre; para mí las palabras infancia é inocencia son expresiones vanas que nada significan.

(Se continuará.)

Correspondencia de LA LUZ.

Al Sr. J. G. y G. de Madrid. Se tendrán presentes sus observaciones, y se le ruega lea el primer número donde verá soltadas sus dificultades.

Al Sr. T. T. de Reus. Debemos repetir que no queremos tener color político.

Al Sr. G. S. de Tarragona. Que se sirva aguardar sin cuidado los prospectos que se están reimprimiendo. Preferimos libranzas á sellos.

Al Sr. P. T. de Madrid. Que continúe honrándonos con sus concienzudas reflexiones particulares.

Al Sr. J. de S. de Sevilla. Se le remitirán los prospectos que solicita.

Al Sr. J. N. de Barcelona. Le rogamos tenga presentes nuestras ocupaciones.

Al Sr. P. V. de Alicante. Sentimos no poder acceder á sus proposiciones de dedicar una página á la sátira. Lea nuestro 2.º artículo del primer núm.

A los Sres. suscritores de Barcelona. Ya se les pasarán los recibos. Procurarán advertirnos sus mudanzas de domicilio.

Al Sr. A. P. y C. de Barcelona. Que no somos fanáticos, ni podemos responder más á sus cartas.

A los Sres. suscritores de fuera Barcelona. Que procuren indicarnos con mucha exactitud las señas de la casa donde han de dejarse los números del Semanario.

Al Sr. P. T. de Sabadell. Que las mejoras del Semanario serán conformes al número de suscritores. Probablemente serán hojas sueltas.

Al Sr. P. C. de S. Gallifa. Se le remitirán los números.

Al Sr. P. T. de Barcelona. Que procure dejar ver sus composiciones á una persona de talento antes de ofrecerlos á la Redacción.

Al Sr. J. C. de Vich. Le rogamos tenga presente que los artículos de fondo los dedica el autor al pueblo, y no á los literatos.

Por todo lo no firmado, JAIME JEPUS.—E. R.

Barcelona.—Imprenta de LA LUZ, de Jaime Jepus, calle de Petritxol, núm. 14, principal.—1861.